

PQ 2499

C258

V. 2



FONDO DE LITERATURA

116424



## LA CANALLA

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
I. "ALFONSO REYES"  
1966. 1625 MONTERREY, MEXICO

Máximo no se retiró hasta las seis de la mañana. Renata dióle la llave de la puertecita del parque Monceaux, haciéndole jurar antes que volvería todas las noches. El gabinete-tocador comunicaba con el saloncito botón de oro, por medio de una escalera de servicio que se ocultaba en el muro, y que al mismo tiempo daba acceso a todas las habitaciones de la torrecilla. Desde el salón se podía fácilmente pasar a la estufa y bajar al parque.

Al salir á la luz naciente del día, en medio de una espesa bruma, Máximo se encontró algo aturdido por su buena fortuna, aceptándola desde lue-



go como la cosa más natural del mundo, en su complacencia de ser neutro.

—¡Tanto peor!—pensaba mientras iba andando; —después de todo, ella es quien lo quiere... Y está admirablemente formada; tenía razón, en la cama es mucho más graciosa que Silvia.

Habíanse deslizado insensiblemente por el camino del incesto, el día en que con su raída chaquetilla de colegial, Máximo se había colgado al cuello de Renata, arrugándole la casaquilla de guardia francés que estrenaba. Desde entonces empezó entre ellos una continua perversión. La extraña educación que al niño dió la joven; las familiaridades que les convirtieron en camaradas; más tarde, la alegre audacia de sus confidencias, y toda aquella promiscuidad peligrosa, concluyó al fin por unirles en singulares lazos, convirtiéndose casi siempre los goces de la amistad en carnales satisfacciones. Ya hacía muchos años que se habían entregado el uno al otro; el acto brutal no fué más que la crisis aguda de aquella inconsciente enfermedad exótica. En la loca sociedad en que vivían, su falta había brotado como sobre un estercolero de jugos equívocos, y se había desarrollado con extraños refinamientos en medio de particulares condiciones de libertinaje.

Cuando la gran carretela los conducía al parque y eran arrastrados muellemente á lo largo de los

paseos, se contaban obscenidades al oído, buscando las suciedades del instinto de su infancia, y aquello no era más que una desviación y una satisfacción imprecisa de sus deseos, aún no definidos. Se consideraban vagamente culpables, como si al simple contacto se hubiesen mutuamente desflorado; y aquel pecado original, la languidez de las conversaciones obscenas que les fatigaba voluptuosamente, les halagaba con más dulzura todavía que los besos. Su compañerismo fué de aquel modo el lento paso de dos amantes que algún día debía llevarles fatalmente al gabinete del Café Riche y al amplio lecho de Renata. Al encontrarse en brazos uno del otro, ninguno de los dos sintió la impresión de su falta; más bien parecían antiguos amantes que recordasen sus besos y sus caricias, y que al presente las renovaban, hablando, á pesar suyo, de aquel pasado, únicamente existente en sus imaginaciones.

—¿Te acuerdas del día que llegué á Paris?—decía Máximo.—Llevabas un traje muy lindo, y con el dedo, tracé un ángulo sobre tu pecho, indicándote hasta donde debía llegar el escote. Sentía el calor de tu piel bajo tu chambra, y mi dedo apretaba y se hundía poco á poco en tu carne... Sentía entonces una impresión deliciosa.

Renata le besaba sonriendo, y murmuraba:

—Entonces ya eras muy vicioso... ¡Cuánto nos



hemos divertido en casa de Worms! ¿te acuerdas? Te llamábamos «nuestro hombrecito». Siempre he creído que la gorda Susana se hubiera abandonado á tí, á no ser por la marquesa que la vigilaba continuamente.

—¡Ah, sí! ¡Cuánto nos hemos reído con el álbum de fotografías, y con todos, ¿verdad?—murmuraba el joven,—y con nuestros paseos por Paris, y nuestras golosinerías en casa del pastelero del bulevar: ya te acordarás de aquellos pastelillos de fresa que tanto te gustaban... Nunca se me olvidará aquella tarde que me contaste las aventuras de Adelina en el convento, cuando escribía cartas á Susana y las firmaba con el nombre de *Arturo de Espanet*, proponiéndola un rapto.

Máximo gozaba mucho con el recuerdo de aquellas historias, y continuaba:

—Cuando ibas á buscarme al colegio, deberíamos hacer una pareja muy chocante. Era entonces tan pequeño que desaparecía bajo tus faldas.

—Sí, sí,—balbuceaba Renata con un estremecimiento de placer y atrayendo hacia sí al joven.—¡Qué delicioso era aquello!... Nos amábamos sin saberlo. Pero yo lo he sabido antes que tú. El otro día, cuando volvíamos del bosque, rocé tu pierna con la mía y me estremecí. Pero tú; ni siquiera te diste cuenta de ello. ¿Verdad que aún no pensabas en mí?

—¡Sí, sí!—dijo Máximo.—Únicamente, que no me atrevía.

No era verdad, pues nunca le había pasado por la imaginación la idea de poseer á Renata de una manera precisa: la había desflorado con sus vicios sin desearla realmente. Era demasiado débil para aquel esfuerzo, aceptando á Renata porque ella se lo impuso, y deslizándose hasta su cama sin que su voluntad interviniera para nada. Cuando se encontró en la cama con Renata, continuó allí porque se encontraba bien, y porque no comprendía la magnitud de su falta. Al principio, hasta sintió halagada su vanidad, pues era la primera mujer que poseía y no pensaba que el marido era su padre.

Pero Renata aportaba á la falta todos los ardores de su corazón desordenado, pero no había rodado hasta el fondo del abismo como carne inerte. El deseo se había despertado en ella demasiado tarde para combatirlo, y cuando ya la caída era fatal. Aquella caída se le apareció bruscamente como una necesidad de su hastío, como un goce raro y extremado, único que podía resucitar en ella sus cansados sentidos y su corazón moribundo. Durante aquel paseo de otoño, en el crepúsculo de la tarde, fué cuando nació en ella la idea vaga del incesto, semejante á un cosquilleo que hubiera producido en su piel sensaciones



nuevas; y por la noche, en la semi embriaguez de la comida y bajo el aguijón de los celos, despertados por su cuñada, aquella idea tomó forma, y se hizo en ella una necesidad en el baile frente á Máximo y á Luisa. En aquel momento deseó el mal, el mal que nadie pudiese haber cometido, el mal que llenase su vacía existencia y la lanzase en aquel infierno, que aún la producía terror, como cuando era niña. Después, al día siguiente, ya sus deseos habían desaparecido por un extraño sentimiento en el que se mezclaban los remordimientos y la pereza. Le parecía que el pecado estaba ya consumado, que no encontraba en él las delicias soñadas y que era verdaderamente enorme. La crisis debía ser fatal y llegar por sí misma, independientemente de aquellos dos seres, de aquellos camaradas que estaban destinados á engañarse y poseerse un día, con la misma sencillez que se hubiesen dado un apretón de manos. Pero después de tan estúpida caída, Renata volvió á soñar con aquel placer sin nombre, y entonces estrechó nuevamente á Máximo entre sus brazos, movida de cierta curiosidad hacia él y hacia los crueles goces de un amor que consideraba un crimen. Su voluntad aceptó el incesto, lo exigió, y esperaba saborearlo hasta el fin, hasta los remordimientos, si es que llegaban un día. Tuvo actividad para obrar y conciencia de sus actos, amó

con los transportes de la mujer de mundo, con las inquietas preocupaciones de la familia, con todas las luchas, los goces y los sinsabores de la mujer que se ahoga en su propio desprecio y tiene conciencia de que no obra bien.

Máximo iba todas las noches, á la una, y entraba por el jardín. Regularmente le esperaba Renata en la estufa, por la cual tenía que cruzar para llegar al saloncito. Al principio era completa su imprudencia, disimulando apenas y olvidando hasta las más rudimentarias precauciones del adulterio, si bien es verdad que aquella parte del hotel les pertenecía. El único que tenía derecho á penetrar allí era el ayudante de cámara del marido, Bautista, y éste desaparecía discretamente en cuanto terminaba su servicio. Máximo decía riendo que iba á escribir sus Memorias. Una noche, sin embargo, Renata se lo enseñó cruzando el salón con un candelabro en la mano. El doméstico, con su aire de ministro, alumbrado por la pálida luz de la cera, parecía tener aquella noche el rostro más severo y correcto que nunca. Los dos amantes le vieron apagar la vela y dirigirse á las cocheras, donde dormían los caballos y los palafraneros.

—Está haciendo su ronda,—dijo Máximo.

Renata permaneció temblorosa, pues generalmente Bautista la causaba inquietud. Llegó á de-



dir que con su frialdad y sus tranquilas miradas, que no se detenían nunca en los hombros de las mujeres, era el único hombre honrado que había en el hotel.

Desde aquella noche fueron más prudentes; cerraban la puerta del saloncito y así podían gozar con completa tranquilidad de todo aquello, que para ellos constituía un mundo. Gozaron, durante los primeros meses, los placeres más refinados, buscados con el mayor escrúpulo. Pasearon su amor desde el gran lecho gris y rosa del dormitorio, á la desnudez rosada y blanca del gabinete tocador y á la sinfonía en amarillo menor del saloncito. Cada habitación, con su ambiente particular, sus tapices, su vida propia, les daba ternura diferente, y hacía de Renata una amante distinta: mostrábase linda y delicada en su acolchado lecho de gran dama, en medio de aquella habitación tibia y aristocrática, en la que el amor adquiriría tintes de buen gusto; bajo la tienda color de carne, entre los perfumes y la languidez húmeda del baño, niña carnal y caprichosa, entregándose cuando aún sus carnes estaban mojas, y así era como Máximo la prefería; después, más abajo, en la clara alborada del saloncito, en medio de aquella aurora que doraba su cabellera, se convertía en diosa, con su cabeza rubia de Diana, sus desnudos brazos que adquirían castas

posturas, su cuerpo puro, cuyas actitudes, al abandonarse en un confidente, sabían encontrar las nobles líneas de la gracia antigua. Pero había un sitio que producía miedo á Máximo, y al que Renata no le arrastraba sino en los días en que sentía la suavidad de una embriaguez más acre, era la estufa. Allí gozaban del incesto hasta la saciedad.

Una noche, en un momento de ansia, la joven hizo que su amante fuese á buscar una de las pieles de oso, y se tendieron sobre aquella alfombra negra, á orillas del estanque, en la gran avenida circular. Por fuera helaba terriblemente, y la luna brillaba clara y serena. Máximo llegó tiritando, con las orejas y las manos heladas. La estufa estaba caliente hasta el punto de que experimentó un desfallecimiento al tenderse sobre la alfombra. Entraba en una atmósfera de fuego tan caliente al salir de las secas picaduras del frío, que sintió un escozor como si le hubiesen azotado. Cuando volvió en sí, vió á Renata arrodillada, con los ojos fijos y en actitud tan brutal, que le dió miedo. Con el cabello suelto y los pechos descubiertos, se apoyaba sobre sus manos, extendiendo la espina dorsal y semejando una enorme gata. El joven, tendido de espaldas, adivinaba por encima de los hombros de aquella seductora y amorosa fiera que le miraba, la esfinge de mármol, cuyas



relucientes formas eran iluminadas por la luna. Renata, encima de la negra piel de oso, tenía el aspecto y la sonrisa del mónstruo con cabeza de mujer, y con sus desceñidas faldas semejava la blanca hermana de aquel dios negro.

Máximo permanecía desfallecido, el calor era sofocante; calor sombrío que no caía del cielo en forma de lluvia de fuego, sino que se arrastraba por el suelo como exhalación dañina, y cuyo vapor subía semejante á una nube cargada de electricidad. Los amantes se sentían envueltos por una cálida humedad semejante á un rocío ó sudor ardiente, quedando ambos largo rato sin hablar ni moverse en aquel baño de fuego; Máximo aterrado é inerte; Renata inquieta y apoyada sobre sus manos. Por fuera y á través de los cristales de la estufa, se veían las veredas del parque Monceaux, ramas de árboles de finas y oscuras formas, praderas de césped blancas como helados lagos, todo un paisaje muerto, cuyas delicadezas y cuyos claros y unidos matices recordaban los grabados japoneses. Aquel rincón de abrasadora tierra, aquel lecho inflamado en que los amantes se tendían, hervía de un modo extraordinario en medio del frío intenso y crudo que se sentía fuera.

Aquella noche gozaron locamente: Renata era el hombre, la voluntad apasionada y activa. Máximo sucumbía, y aquel sér neutro, rubio y lindo,

herido en su virilidad desde su infancia, se convertía en los brazos de la joven en una muchacha, con sus miembros depilados, sus graciosas delgadeces de púber romano, nacido y desarrollado para la voluptuosidad. Renata gozaba de su dominio y doblegaba bajo su peso aquella criatura en la que siempre dominaba el sexo. Era para ella un continuo asombro del deseo, una sorpresa de los sentidos, una extraña sensación de malestar y de profundo placer. Ya no sabia explicarse lo que veía; volvía á contemplar su fino cutis, su abultado cuello, sus abandonos y sus desvanecimientos. Sintió entonces un momento de plenitud. Al revelar la Máximo una nueva sensación, completó sus locos trajes, su prodigioso lujo, su vida en otros tiempos soñada. Comunicó á su carne la nota aguda y dominante que á su alrededor vibraba, riendo el amante adecuado á las modas y á las locuras de la época. Aquel lindo joven, cuyos vestidos dibujaban las delicadas formas de su cuerpo; aquel niño incompleto que se paseaba por los bulevares, con la raya en medio de la cabeza, con miradas y sonrisas de hastío, fué para Renata uno de esos instrumentos de decadencia, que en ciertos momentos, en una nación corrompida, aniquilan el cuerpo y trastornan la inteligencia.

Especialmente en la estufa, era donde Renata se convertía en el hombre, y la noche ardiente que



en ella pasaron fué seguida de otras muchas. La estufa amaba y abrasaba con ellos, viendo en el pesado ambiente y á la blanquecina claridad de la luna, el mundo extraño de plantas que les rodeaban, moverse con ellos y cambiar abrazos. La piel del oso ocupaba todo el pavimento: á sus pies humeaba el estanque, lleno de un borboteo y de un espeso abrazo de raíces, en tanto que la rosada estrella de las ninfas se entreabría á flor de agua como el seno de una virgen, y las camelias dejaban caer sus ramas semejantes á cabelleras de nereidas desmayadas. Después, alrededor de ellos, las palmeras, los grandes bambúes de la India, se elevaban, llegando hasta la cimbra y volviendo á inclinarse para confundir sus hojas con vacilantes actitudes de amantes fatigados. Más abajo los helechos y las alrófilas parecían damas verdes, con sus anchas faldas adornadas de volantes regulares que, mudas é inmóviles á orillas de la avenida, esperaban la llegada de los amantes. Al lado de ellas, las torneadas hojas, salpicadas de rojo de las beganias, y las hojas blancas y lanceoladas de los caladios, producían vacilantes claro-oscuros que los jóvenes no sabían explicarse y en los que encontraban á veces contornos de caderas y rodillas arrojadas al suelo á impulsos de la brutalidad de sangrientas caricias. Y los bananos, doblegándose bajo el peso de los

racimos de sus frutos, les hablaban de las exuberantes fertilidades de la tierra, mientras los enforbios de Abisinia, cuyos tallos espinosos, contrahechos y llenos de vergonzosas jorobas, se entreveían en la sombra, les parecía que sudaban savia, flujo desbordado de aquella hemígera generación. Pero á medida que sus miradas profundizaban el fondo del invernadero, la obscuridad se convertía en orgía furiosa de tallos y hojas; ya no distinguían sobre las gradillas las marantes, suaves como el terciopelo; las gloxinias de campanillas violáceas, ni las dracenáceas semejantes á hojas de antigua y barnizada laca; aquello era un hormiguero de vivientes vegetales que se perseguían con insaciable lujuria. En los cuatro ángulos, en el sitio en que las enredaderas de bejuco formaban bóveda, su ilusión carnal enloquecía más todavía, y los flexibles haces de las vainillas, de los cocoteros de Levante, de los quisqualis y de las behunias, se ofrecían á sus ojos como insaciables brazos de amantes que la obscuridad velaba y que prolongaban sus estrechos abrazos para prolongar en ellos sus placeres.

Aquellos inmensos brazos caían lánguidamente, se entrelazaban en espasmos amorosos, se buscaban y se enroscaban cual si fuesen los celos de una muchedumbre.

Aquello parecía, en efecto, el celo inmenso de





la estufa, de aquel rincón de selva virgen en que resplandecían los verdores y florescencias de los trópicos.

Máximo y Renata, con los sentidos embotados, se sentían transportados entre aquellas potentes bodas de la tierra; el calor del suelo, á través de la piel de oso, les quemaba las espaldas, y desde las altas palmeras caían sobre ellos gotas de fuego. La savia que circulaba por los árboles les compenetraba también, comunicándoles locos deseos de inmediato desarrollo y gigantesca reproducción. Veíanse también arrastrados en el celo de la estufa, y entonces, en medio del pálido resplandor, se veían atontados por pesadillas en las que asistían á los amores de las palmeras y de los heledios; el follaje adquiría confusas y equivocadas apariencias que sus deseos convertían en imágenes sensuales; hasta ellos llegaban murmullos y cuchicheos procedentes de las espesuras; voces apagadas, suspiros de éxtasis, ahogados gritos de dolor, risas lejanas, todo lo que sus propios deseos tenían de ruidosos y que el eco les transmitía de nuevo. Algunas veces sentíanse sacudidos por un temblor de tierra, como si el suelo mismo, en insaciable crisis, estallase en voluptuosos sollozos.

Si hubiesen cerrado los ojos, si el calor sofocante y la pálida claridad que reinaba en la estufa no

les hubiese transmitido una depravación á todos los sentidos, los aromas solamente habrían bastado para producir en ellos extraordinario y nervioso exotismo. El estanque despedía una humedad acre y profunda, en la que se confundían los mil perfumes de las flores y las plantas; la vainilla cantaba á intervalos con arrullos de paloma torcaz; después llegaban las rudas notas de las stanhopeas, cuyas atigradas bocas exhalaban fuerte y amargo olor de convalesciente; las canastillas de orquídeas pendientes de cadenas, lanzaban soplos semejantes á incensarios vivientes; pero el olor dominante, el olor en que se fundían todos aquellos vagos suspiros, era el olor humano, el perfume amoroso que Máximo sentía cuando besaba la nuca de Renata, cuando hundía su cabeza entre los sueltos cabellos de la joven. Y quedaban embriagados con aquel olor de mujer amorosa que se dejaba sentir en la estufa como en una alcoba impregnada de un ambiente lujurioso.

Los amantes tenían la costumbre de tenderse bajo el tanguin de Madagascar, bajo el venenoso arbusto cuya hoja había mordido la joven: las blancas y desnudas estatuas reían alrededor de ellos, contemplando la inmensa copula de las plantas; en su carrera la luna cambiaba los grupos y animaba el drama con su cambiante luz, y se encontraban allí á mil leguas de París, fuera de la



vida fácil del Bosque y de los salones oficiales, en el fondo de una selva de la India, de algún templo monstruoso, cuyo dios fuese la esfinge negra. Toda aquella vegetación que les rodeaba, aquel sordo borboteo del estanque, aquella desnuda lascivia del follaje, les sumergía en pleno y dantesco infierno de la pasión, y entonces era cuando, en el fondo de aquella jaula de cristal que parecía hervir bajo una inmensa llama y perderse en el penetrante frío (de Diciembre, saboreaban el incesto como el fruto criminoso de una tierra demasiado ardiente, con el mudo español de su aterradora cúpula.

Y, en medio de la negra piel, aparecía como una mancha blanca, el cuerpo de Renata, encogida, en actitud felina, la espalda arqueada y apoyándose en sus brazos. Estaba henchida de voluptuosidad, y los claros perfiles de sus hombros y de sus caderas se destacaban lípidamente sobre aquella piel negra que parecía un manchón de tinta sobre la tierra.

Acechaba á Máximo, aquella presa tendida bajo ella, que se entregaba y se ponía completamente á merced suya; y de cuando en cuando se inclinaba bruscamente y le besaba con sus labios irritados, abriéndose entonces su boca con el ávido y sangriento brillo del hibisco de la China, cuya superficie cubría el lado del hotel. Se había conver-

tido por completo en una hija de la estufa; sus besos florecían y se marchitaban como las encarnadas flores de la malva, que apenas duran algunas horas y sin cesar renacen, semejantes á los marchitos é insaciables labios de alguna gigantesca Mesalina.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
1625 MONTERREY, MEXICO